

SIN FIN APARENTE: PSICOLOGÍA DE LAS MOTIVACIONES Y LOS PROYECTOS MIGRATORIOS

Marc Konrad Torralba¹ y Vicenta Santonja Pérez²

RESUMEN Nos interesamos en este artículo por el hecho migratorio como fuente de diversidad en la práctica psicológica, defendiendo la necesidad de hacerlo objeto de estudio y de competencia profesional. Para ello destacamos algunas implicaciones de los conceptos *motivación* y *proyecto migratorio* cuando son presentados a escala individual. Ello se argumenta desde la creciente necesidad de competencia cultural por parte del profesional en psicología, la utilidad como marco de comprensión profunda y la aceptabilidad por parte de la persona migrante. El artículo parte desde la experiencia concreta con el colectivo de menores y adolescentes marroquíes no acompañados.

PALABRAS CLAVE competencia cultural, motivación migratoria, proyecto migratorio, menores marroquíes no acompañados.

ABSTRACT We present in this article the migratory experience as a source of diversity in the psychological praxis, arguing the necessity of developing it as a study matter and a field of professional competence. For this purpose, we highlight some implications of the *motive* and *migratory project* concepts, when presented at an individual level. We consider the advantages of taking these concepts into account due to the increasing necessity for the psychological professional of cultural competence, the utility as a sound comprehension framework and the acceptability by the migrant person. The article is based on personal experience with the unaccompanied Moroccan minors and youth collective.

KEY WORDS cultural competence, migratory motives, migratory project, unaccompanied Moroccan minors.

¿Sería excesivo afirmar que todos estamos cada vez más interpelados a revisar nuestras pertenencias de todo tipo –afectivas, culturales, ideológicas...–, a definir aquello con lo que nos vinculamos y, pretendidamente, debe conformar nuestras identidades? Cada vez más cuestiones parecen plantearse en términos de compatibilidades con el *otro*, en disonancia con ese otro discurso que nos presenta como *globalizados* y *unificados*.

En este espíritu de cosas, nos cruzamos con el distinto imaginario por excelencia: el migrante, el que repentinamente viene a nosotros desde un *tercer* país del cual lo desconocemos prácticamente todo. “El exiliado con el que me cruzo encarna la alteridad posible, el anclar en otro puerto”, señala la psiquiatra M.R. Moro (2002), insistiendo en que la diferencia no es sino un término relacional.

Quizá esto explique en parte el éxito divulgativo de la clínica de la alteridad (la psicología transcultural, la etnopsiquiatría) en Francia. Multitud de lectores acuden a las obras de T. Nathan o la citada M.R. Moro no sólo en búsqueda de una literatura exótica, sino de cla-

ves con las cuales dejarse seducir, poder elaborar la ‘*otredad*’ sin alterarla, integrarla no desde un universalismo bondadoso, sino desde lo plural irreducible.

Nos interesamos en este artículo por el hecho migratorio como fuente de diversidad en la práctica psicológica, defendiendo la necesidad de hacerlo objeto de estudio y de competencia profesional, incluso de reivindicación. Si los profesionales de la psicología apenas nos hemos visto confrontados a diferentes constelaciones culturales, ello no es casual, sino fruto de una *invisibilización* de las demandas de atención de estos colectivos. Una invisibilización de la que incluso nos hacemos partícipes en ocasiones, porque, a pesar de encontrarlos en las escuelas, en los Servicios Sociales,... trabajamos con ellos casi como si fueran “de aquí”. Hace falta mirarlos, tener una práctica de la diversidad, para que acudan a Servicios Terapéuticos y de Asesoramiento.¹

¹ Hasta la fecha sólo tenemos constancia de la existencia de un dispositivo público especializado: el SAPPPIR (Servicio de Asesoramiento Psicosocial y Psiquiátrico para Inmigrantes y Refugiados), creado en Barcelona en 1994.

Nuestra idea es doble: por un lado evidenciar que el trabajo desde la psicología no es posible sin tener en cuenta un conocimiento de las realidades culturales de los inmigrantes, y por otro que, desde la atención individual, debemos acercarnos al proyecto migratorio de la persona, sin el cual no comprenderemos su demanda.

La presente comunicación enfatiza la importancia de adquirir habilidades que tengan en cuenta las múltiples vicisitudes, incluyendo muchas que no son estrictamente intrapsíquicas. D'Ardenne y Mahtani (1989) caracterizan al profesional transcultural como la persona consciente de que "los clientes de otras culturas ya han tenido que superar numerosas barreras en su vida cotidiana y pueden percibir el entorno de terapia como una nueva batalla. Los terapeutas transculturales comprenden esto e intentan encontrarse con sus clientes más allá de la mitad del camino". Según estas mismas autoras, el *counselling* transcultural tendría las siguientes particularidades:

1. "la sensibilidad del terapeuta hacia las variaciones culturales y hacia el propio sesgo de su enfoque
2. las lagunas del terapeuta en el conocimiento cultural de sus clientes
3. la habilidad del terapeuta y su compromiso para desarrollar un acercamiento que refleje las necesidades culturales de sus clientes
4. la habilidad del terapeuta para afrontar una complejidad creciente cuando se trabaja transculturalmente."

No podría ser de otra manera, ya que obviar la realidad cultural implica una negación de la identidad. La migración es un evento vital de primera magnitud. "Pocos cambios, de entre los muchos a los que debe adaptarse un ser humano a lo largo de su vida, son tan amplios y complejos como los que tienen lugar en la migración", señala Atxotegui (2000).

La propia experiencia nos indica que las personas migrantes evalúan si sus interlocutores, en este caso los profesionales, serán capaces de abarcar toda esta complejidad de manera empática, sin por ello caer en el extremo del dramatismo. El diálogo queda necesariamente condicionado cuando se percibe que la persona se limita a recoger estereotipos del ambiente. Pocas cosas resultan más decepcionantes que percibir que se es considerado como un *pobre inmigrante más*.

Nos gustaría ilustrar esta reflexión mediante un acercamiento psicológico a dos conceptos que normalmen-

te se comprenden desde una óptica *macro*: las **motivaciones** y los **proyectos migratorios**.

Para ello recurriremos a uno de los colectivos que pueden resultar más desconcertantes en los flujos que llegan actualmente a nuestras ciudades: el de **adolescentes migrantes marroquíes no acompañados**².

"Cruzar lo iba a intentar siempre"

En el imaginario público su migración no tiene fin aparente: su número va en aumento y las edades en descenso. Siendo como es tan deficitaria la acogida que se les da en el estado español, ¿por qué siguen viniendo cada vez más chicos y a edades cada vez más tempranas? Saben que ni siquiera su incorporación laboral va a ser posible. Desprovistos de motivos *de peso* y un proyecto comprensible, su migración es vista como fruto de un frívolo embelesamiento con las promesas del un mundo de primera, inducidas prioritariamente vía parabólica o por el relato de los marroquíes residentes en el extranjero.

Desde la sociología, los movimientos migratorios quedan explicados generalmente por factores *push-pull*, es decir por la existencia de variables de expulsión en el país de origen y de atracción en el de destino (presentadas a menudo como el negativo de los factores de repulsión). Esta explicación se muestra a nivel individual un poco tosca, ya que enseguida topamos con algunas contradicciones: no sólo emigran aquellos que sufren estas fuerzas en mayor grado (p.ej. emigran chicos con un oficio o un trabajo) y no todas las personas que se ven afectadas a presiones equiparables elaboran la idea de partir (p.ej. dos hermanos, dos vecinos, dos compañeros de taller o de pupitre).

Pero para conocer las motivaciones no basta quedarnos solo con estos factores, debemos descender al plano individual para ir identificando las particularidades por las que atraviesa el menor.

Una forma de comprender lo vinculantes que son las motivaciones migratorias la expresa el psicoanalista Hassoun mediante la imagen del "*contrabando de la memoria*": La historia familiar de casi todos los chicos migrantes contiene importantes episodios de movimiento geográfico. El norte del país pueden estar muy condicionado por el desarrollo de polos industriales y

² Basado en la investigación *Emigre-moi, Emigrame, Emigra'm. Multiplicar las versiones de los jóvenes y menores Marroquíes no acompañados*. Konrad, M.; Santonja, V. (2002) Valencia.

la crisis rural que sucedió a la presencia colonial, pero en relato familiar ello sólo puede explicarse como el deseo de escolarizar a los hijos, de dejar el campo para “medrar”, para abrir un negocio en el que mostrar unos talentos, para casarse, para evitarle un conflicto a la familia.... Son motivos poderosos que trascienden la necesidad personal, se vuelcan a los demás. El joven es muy consciente de ello y entiende que se tomó una decisión valiente, la que instauró un hito en el centro del mundo familiar. El sufrimiento no se obvia, se corrieron riesgos, pero precisamente por ello se recuerda y tiene el valor mítico que tiene. Psicológicamente, la decisión de migrar hace incluso que el propio relato siga siendo posible y llegue el momento fundacional de su vida: aquel en el que se asiste al encuentro entre las dos personas que le hicieron nacer.

En nuestras entrevistas descubrimos que hay toda una progresión de compromiso con la búsqueda de una oportunidad en el exilio. Al principio es una opción más con la que se entra en contacto, hay quien juega con alguna tentativa y lo deja estar. Pero hay adolescentes que van convirtiéndose en candidatos, los esfuerzos se concentran cada vez más en esta posibilidad, descuidando otras. A medida que el joven dedica más y más tiempo a convertirse en migrante, está alimentando su propio discurso de que en el país no existen alternativas para él, y finalmente sólo se ve ya fracaso. Es erróneo intentar averiguar si el menor quiere migrar por la ausencia de opciones (inutilidad del tiempo dedicado a la escolarización, mala calidad de la formación profesional formal o informal, salarios míseros a su alcance) o si las genera él mismo.

En Marruecos hubiera crecido mal, por que allí hay que ser mal. La verdad es eso. Voy a crecer mal, porque no hay trabajo bueno, no hay dinero, no hay que pagan bien, no puedes casarte, no puedes tener un piso, no puedes hacer una casa para ti.

Es posible percibir con seriedad la inversión en la alternativa de la emigración de estos chicos. Aquí como allí, el esfuerzo propio, el trabajo, la autonomía son parte del sistema de valores que se interiorizan a través de la socialización. Es muy probable además que el respeto a la familia, el conducirse de manera honrosa o el vínculo con la comunidad sean más relevantes que en sociedades individualistas como la nuestra. El joven que busca adscribirse al mundo de los adultos y no ve como le ayuda en ello la escuela o el trabajo a su alcance, por otro lado, no es una imagen exclusiva de los países del Sur. Vivimos rodeados de jóvenes des-

encantados y coincidimos en la necesidad de darles espacios para que expresen en profundidad sus emociones.

“La razón de emigrar es buscarse la vida. Yo creo que los motivos serán por familia, por dinero, por su padre, por no encontrar trabajo allí, por no poder estudiar. Bueno, creo.”

En el trabajo psicológico con estos chicos necesitamos elaborar la ambivalencia, la paradoja de algunas motivaciones: para trabajar en el extranjero hay que dejar de buscar oportunidades en el país, una vez instalados se introduce el mito del regreso, se provoca la ruptura en el seno de la familia para poder ayudarla. Y a pesar de los imaginarios de riqueza y derechos en *elghorba*, la emigración, ésta es percibida como un costoso sacrificio en el que se convertirán en nuevos pobres y estarán expuestos a todo tipo de arbitrariedades. Es una opción de éxito para los que han fracasado en el intento de construir una vida estable.

Chattou (1998) refleja como la complejidad de la migración permea incluso el lenguaje: La persona que emigra se designa mediante la palabra “mouhajir”. Esta palabra viene de “hjira” (emigración). La “hjira” conecta simbólicamente con el desplazamiento del profeta Mohamed de la Meca hacia Medina, huyendo de la hostilidad creciente de la aristocracia en su ciudad natal. Además, el año musulmán data del día de emigración del profeta: de ahí que se le llame “año héjir”. La “hjira” en la lengua árabe es el desplazamiento, la disociación, la separación de un entorno afectivo y social para insertarse en otro.”

Podrá así adivinarse que dar cabida a los sentidos *trascendentes* de la migración personal (respecto al grupo familiar y su pasado, la historia...) encierra incluso importantes valores terapéuticos, especialmente a la hora de elaborar distancias y pérdidas con todo aquello a lo que se sentía vinculado y ha pasado a ocupar otro lugar con el traslado. Señala Atxotegui (2002) que “son los duelos por la familia, el estatus social y los riesgos físicos ligados a la migración los que se encuentran relacionados con un 90% de las quejas, en general provenientes de personas que están encontrando graves dificultades en su migración”.

Relevancia del proyecto migratorio

El proyecto migratorio, como concepto se revela útil si abarca al migrante como persona integral, en vinculación con su entorno significativo y en una coyuntura específica espacio-temporal. A ello se refiere también

Chattou (1998) cuando dice que “el proyecto del migrante es un proyecto de vida, de cambio de entorno y sobretodo del mismo actor. (...) Es una proyección de intenciones, percepciones, deseos, sentimientos a un futuro a medio o largo plazo”.

El hecho de que tanto el grupo significativo como la persona que ha migrado cuenten con un proyecto adaptativo, es muy relevante psicológicamente. La experiencia recogida en el trabajo clínico de Axtotegui (2000) demuestra que “a menor consistencia y elaboración del proyecto migratorio, más difícil será la elaboración del duelo.”

Pero es difícil para cualquier migrante poder ser adivino en la anticipación del proyecto, se pide que el proyecto tenga una elaboración realista, pero que se adapte a la variabilidad de las circunstancias. Mantener un proyecto flexible es una tarea agotadora. Se dan gran cantidad de condicionantes e incertidumbres que exigen una plasticidad constante. Pensemos, por ejemplo, en los menores migrantes que aceptan ser acogidos institucionalmente en un Centro de Atención. Lo hacen porque añaden a su proyecto una especie de prórroga, un rodeo más. La espera sería el precio a pagar por acercarse un poco más a estabilizar su situación, a conseguir un puesto de trabajo. Cuando esa concesión se alarga indefinidamente, (por ejemplo, cuando no puede asegurarse que va a ser reconocido documentalmente) la vivencia más común es la de una pérdida de control muy generadora de ansiedad. Su proyecto les aparece estancado, no hay señales indicándoles que se están acercando a ninguna meta. Si el trabajo profesional es ajeno a esta circunstancia, al hecho de que el proyecto migratorio “es una concepción dinámica del mundo y de sí mismo” (Chattou, 1998), el chico se fragiliza aún más, pierde su razón de estar dónde está y puede dejar de creer en las condiciones en las que había aceptado la tutela estatal (limitación de movimiento, de privacidad, de toma de decisiones...)

Nosotros creemos que la gran movilidad geográfica del colectivo (la mayoría han residido en varios centros) es una huida hacia delante ante la frustración en el proyecto migratorio. Emigrar supone normalmente elegir un destino, un lugar en el que convertir en realidad un proyecto, pero para muchos menores la ecuación se invierte y emigrar no es buscar un lugar, es buscar unas condiciones, y esas condiciones decidirán el lugar. Ello nos recuerda que, cuando empezó a detectarse el fenómeno de los menores no acompañados en Valencia, muchos chicos no llegaban aquí para

quedarse. Algunos encontraban más atractivas ciudades como Barcelona o Madrid. Y muchos más querían emular a otros adultos yéndose a ciudades inglesas, francesas, belgas o alemanas. “Todos los migrantes potenciales conciben proyectos en función de su percepción del extranjero” (Chattou, 1998) y España era, y todavía lo es, considerado como un país difícil para los migrantes. Las circunstancias y el azar de algún apoyo hizo que, con el tiempo, se quedaran unos cuantos, que a su vez fueron emulados por otros que vinieron después. Es muy importante la calidad de la información que se transmite para comprender los movimientos de estos jóvenes.

La incertidumbre que caracteriza sobremanera la emigración en España repercute también sobre la dimensión temporal del proyecto migratorio. Muchos de los actuales inmigrantes, menores y jóvenes incluidos, estudiarían la posibilidad de regresar en cuanto mejoraran las oportunidades en su país de origen. El emigrante generalmente desea volver, se va con una idea, aunque sea difusa de retornar: de regresar enriquecido, ya sea con capitales (para comprar una tierra, abrir una tienda, empezar un negocio, pagar una casa...), o con nuevas experiencias o un nuevo prestigio. En Marruecos, tanto los familiares como los propios menores (especialmente los que no tienen su situación documental en regla) tienen el fundado temor de que si vuelven no podrán regresar. Por ello, si se regresa tiene que ser con un cambio sustancial que apoye la decisión. La frontera se convierte en una puerta cerrada de ambos lados.

Cuando consideramos los proyectos adolescentes, nos encontramos a menudo que los chicos no saben prever cuanto tiempo van a dedicarle al exilio. A pesar de que algunos dicen que se van con idea de vivir en Europa para siempre, ni ellos mismos saben que crédito darle a sus propias palabras. Les resulta inabarcable también a ellos. Por ejemplo no se imaginan envejeciendo aquí, siendo siempre considerado un extranjero.

La dimensión familiar en la motivación y los proyectos

Pero, por encima incluso de las inconveniencias espacio-temporales, la mayor fuente de inquietud para muchos migrantes, indudablemente, es cómo hacer partícipes a los familiares de su proyecto una vez confrontado a la realidad sobre el terreno. Los chicos adolescentes acumulan menos experiencias de distancias y por ello tienen menos confianza en la reacción de

los que quedaron en destino. La tensión de tener que pensar como satisfacer a los suyos, hace que a menudo lleguen a enmascarar la situación real que viven, incluso a cortar todo tipo de comunicación. Otras veces se instauran comunicaciones extrañas con la familia, denominadas a veces como “doble mentira”: los chicos llaman para decir que todo les va bien y la familia les responde de la misma manera. Cuando cuelgan, ambos saben que no era cierto lo que se decía en el otro lado. Muchas veces el desmoronamiento de su proyecto se esconde hasta que estén en disposición de cumplir el objetivo que se habían auto-impuesto: compensar la ausencia que dejan en el seno de la familia mediante un éxito concreto, material.

Frecuentemente, esta tensión familiar ya se había instalado a lo largo de la concepción del proyecto migratorio, superpuesta a las negociaciones propias de la adscripción al mundo adulto del adolescente. Muchos de ellos optaron por llevar a cabo su plan en oposición clara al núcleo, imponiendo violentamente una emancipación: “*Me he ganado millones de hostias en la cara, pero yo no cambiaba. Me hacen eso porque me quieren. Me decían ‘algún día te vas a morir, algún día vas a estar muerto. Te va a pasar algo muy malo, quédate delante de tus padres, no queremos España, no queremos tu dinero y ya está, sólo siéntate en casa, lo que quieres te lo vamos a dar’*”. Pero tarde o temprano se descubre que el proyecto vital de devenir adultos actores de su vida no tiene sentido de espaldas a las personas de referencia. Recuperar a la familia como matriz de sentido, introductora progresiva en el mundo social es una idea recurrente en estos chicos: “*Aquí en España la verdad es que estoy peor por una cosa, porque mi familia no los veo, no están delante de mí. Si pudieran estar delante de mí, no habría problema por nada*”.

Es en el coste de la separación emocional respecto a los suyos dónde hemos detectado más necesidades de escucha psicológica. En parte se debe a que había sido una distancia que no había sido bien elaborada, inimaginable cuando no se dispone de las mismas vivencias que en la edad adulta. Por ello, tienden a convertir en absoluto un duelo que puede ser más relativo. Cuando, a pesar de la distancia y de la limitación de canales de comunicación consiguen restaurar vínculos, a menudo los resultados son sorprendentes: “*Si yo con mi familia no quería hablarle porque tenía vergüenza que me dijeran ‘manda la pasta’ o algo. Pero cuando mi madre me dijo: ‘manda tu foto’, yo me quede flipado*”.

A modo de conclusión, reiteramos que una comprensión adecuada, esto es empática y suficientemente desarrollada de las motivaciones y los proyectos migratorios, es la condición necesaria para desarrollar un trabajo psicológico efectivo con personas en situación migratoria. Podemos condensar la conveniencia de dedicarle suficientemente espacio en tres puntos:

En primer lugar por un sentido de competencia cultural, imprescindible en el trabajo profesional con personas en situación migratoria. El cliente migrante nos confronta a una información cuantitativa y cualitativa novedosa, reclama una atención específica.

Segundo porque ante la confusión y la pérdida de dominio generadoras de ansiedad, dota de un marco de comprensión muy profunda, en el que el migrante se recupera como protagonista de sus decisiones.

Tercero, porque plantea los debates internos del migrante en términos significativos para la persona. La elaboración de pensamientos y sentimientos, especialmente los referidos a cuestiones de vinculación y duelos por separación pueden tener lugar de una manera contextualizada y aceptable.

Referencias bibliográficas

Atxotegui, J. (2000). *Los duelos de la migración: Una aproximación psicopatológica y psicosocial*.

Atxotegui, J. (2002). *La depresión en los inmigrantes: una perspectiva transcultural*. Barcelona: Ed. Mayo

Chattou, Z. (1998). *Migrations marocaines en Europe. Le paradoxe des itinéraires*. Paris: L'Harmattan.

d'Ardenne, P., Mahtani, A. (1989). *Transcultural counselling in action*. London: Sage Publications

Hassoun, J. (2002). *Les contrebandiers de la mémoire*, Paris : La Découverte

Hearing, L., Van Der Erf, R. Why do people migrate. *Statistics on focus. EUROSTAT*. 1/2001.

Konrad, M., Santonja, V. (2002). *Emigre-moi, emigrame, emigra'm. Multiplicar las versiones de los menores y jóvenes migrantes marroquies no acompañados*. Valencia. En prensa.

Moro, M. R. (2002). *Enfants d'ici venus d'ailleurs: Naître et grandir en France*. Paris: La Découverte.

Patel, N. et al. (Eds) (2000). *Clinical Psychology, 'Race' and culture: a training manual*. London: The British Psychological Society Books.